Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica

El autor de este notable trabajo fué invitado por la Universidad de Berlín hace pocos meses para explicar un curso de Prehistoria española. En la Universidad y en las Sociedades de Antropología, Etnología y Prehistoria alemana y en la Arqueológica, que solicitaron sus conferencias, expuso sus puntos de vista acerca del sistema del neolítico de la Península, de la Etnología prehistórica de España y de los problemas de la cultura ibérica. Refundidas ahora aquellas lecciones, tiene el BOLETÍN *la fortuna de ofrecerlas a los señores socios en este estudio, que será desde hoy, para historiadores y arqueólogos, la imprescindible guía en los trabajos de la primitiva Historia de la Península.*—(Nota de la Redacción).

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones arqueológicas de los últimos años han conseguido ofrecernos un cuadro completo de la evolución de las civilizaciones de la Península desde el paleolítico hasta la época romana, pudiéndose llegar a reconocer la existencia de diferentes culturas que ocuparon determinados territorios, extendiéndose en determinadas direcciones, obligando a las demás a retroceder o a moverse buscando nuevos domicilios. Otro resultado importante es el de poder establecer la relación de ciertas culturas con otras anteriores o posteriores de manera que pueden considerarse derivadas unas de otras (1).

Poniendo en relación tales resultados con los de la investigación de los textos antiguos referentes a la Península se observa, para las

(1) Véase nuestros trabajos de conjunto: *La arqueología preromana hispánica* (apéndice a la traducción de Schulten, *Hispania*, Barcelona, La Académica, 1920) y *La Prehistoria Catalana* (Barcelona, Editorial catalana, 1919). Se citarán: *Arq. Prerom.* y *Pre. Catal.*, respectivamente. Hay que advertir que el primero constituye un primer ensayo de sistematización cronológica del material prehistórico de la Península, pero

épocas de que existen fuentes literarias y restos arqueológicos a la vez, que los límites de las tribus de la misma naturaleza coinciden en general con los de la extensión de los restos de su civilización, mientras que cuando se pasa a otros territorios, en donde las fuentes acusan la presencia de tribus de naturaleza distinta, la diferencia de la cultura es en seguida apreciable. Como es natural, hay que contar con las naturales influencias, con el comercio y con todos aquellos factores que obligan a una cierta elasticidad en la identificación de culturas y pueblos.

Partiendo de los resultados obtenidos para la época de que existen restos y fuentes literarias a la vez, cabe intentar un ensayo de etnología de la Península también para las épocas anteriores. De ellas claro está que no tenemos textos que nos digan cuál sea el nombre de los pueblos que desarrollaron las civilizaciones prehistóricas, pero la naturaleza de las mismas, sus movimientos de avance y retroceso y la comparación con otras civilizaciones de Europa, así como en ciertos casos la Antropología nos autoriza a decir que determinados pueblos en ciertos momentos se movieron a expensas de los demás, podremos seguir su camino y evoluciones acaso a través de distintos períodos y así, poco a poco y a pesar de las forzosas lagunas impuestas por la falta de materiales de un período o una región, obtendre-

---

en él las variedades geográficas de la civilización dentro de cada período no aparecen todavía muy claras, por lo que se refiere al neolítico y eneolítico. De este intento de sistematización geográfica proseguido después de la obtención del marco cronológico de *La arqueología hispânica* se dieron algunos avances en *La Prehistoria Catalana*, tratándose allí con extensión de lo referente a Cataluña, pero indicándose también los principales resultados de lo referente al resto de la Península. El estado actual de la cuestión se consigna con más detalles en distintos artículos de la *Crónica* del *Anuari del Institut d'Estudis catalans* (VI, 1915-1920, en prensa), particularmente en los siguientes *L'estat actual del coneixement del neolitic i eneolitic de la Peninsula ibèrica, L'estat actual de la sistematització del neolitic i eneolitic de Catalunya, Consideraciones generals sobre els sepulcres megalitics catalans* (en colaboración con don Luis Pericot). Acerca de otros períodos, además de *Arq. prerom.* y de *Pre. cat.* véanse los trabajos *Los celtas y la civilización céltica en la Península ibérica (Boletín de la Sociedad española de excursiones,* 1921 p. 248 y sig. se citará *Celtas),* y *Estat actual de la investigació de la cultura ibèrica. La investigació de la cultura ibèrica del Baix Aragó* (1915-1920) y *Estat. actual del coneixement de la cultura ibèrica del regne de Valencia;* en prensa en la *Crónica* del *Anuari del Institut d'estudis catalans* mencionado.

Debo manifestar aquí mi agradecimiento a mis discípulos don Luis Pericot, don A. del Castillo y don J. de C. Serra Ráfols por haberme ayudado con su valiosa co-

mos un cuadro que ulteriores investigaciones se encargarán de completar o rectificar.

Para evitar malas inteligencias, conviene insistir en que, al identificar culturas con grupos étnicos, nos referimos a pueblos en el sentido histórico de la palabra y nos guardaríamos de pretender que se trata de pueblos puros en sentido antropológico. También hay que hacer siempre la parte de lo que se explica por meras influencias culturales debidas a la vecindad o al comercio, distinguiéndolo de lo que es fruto de la personalidad de los pueblos. Estos en sentido histórico son siempre resultantes de múltiples factores; ahora que, una vez han conseguido formar su personalidad, destruirla cuesta una evolución casi tan larga como la que fué necesaria para obtenerla.

Así, podemos comprobar en las épocas históricas que se distingue perfectamente entre un pueblo griego y un pueblo influído por el griego: véase por ejemplo el caso de la civilización etrusca, que nadie confundiría con la de un pueblo griego a pesar de las enormes influencias griegas que a ella llegaron; o el de Ampurias, colonia griega de la costa catalana, en la que se encuentran múltiples objetos producto de las relaciones con los indígenas, pero que siempre conserva su carácter griego, bien distinto del de los poblados ibéricos, a pesar de que en éstos también las relaciones con las colonias griegas dejaron su rastro bien marcado.

Así hemos podido comprobar en la misma época la correspondencia de pueblo y cultura ibéricos en contraposición con la otra co-

---

operación, en la revisión del material y de la Bibliografía, así como en la formación de mapas de los distintos períodos (los cuales los debo a la colaboración de los señores Serra y Pericot). La discusión de los resultados de dicha sistematización que ha constituído una parte importante de los trabajos del Seminario de Prehistoria y de Historia antigua de la Universidad de Barcelona durante los cursos de 1918-1921 y en la que dichos señores tomaron parte activa fué también utilísima para contrastar los resultados obtenidos.

En cuanto a la investigación de las fuentes antiguas debemos referirnos como base indispensable para su utilización a los trabajos del Profesor A. Schulten, *Numantia Ergebnisse der Ausgrabungen*, tomo I (Munich, Bruckmann, 1914), y a *Hispania* (Pauly-Wissowa, *Realenciclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, traducido también al castellano por nosotros en colaboración con don Miguel Artigas). Ulteriores trabajos de Schulten, particularmente acerca de la *Ora marítima* de Avieno y del Periplo que le sirve de base, así como la crítica del texto, su cronología e interpretación, véanse en el primer fascículo de las *Fontes Hispaniae Antiquae* (Barcelona, 1922), que hemos comenzado a publicar junto con el Prof. Schulten.

rrespondencia de pueblo y cultura célticos. Y lo propio se ha observado en el caso de adaptación de la cultura céltica a los pueblos del Norte de España, en que a pesar de dicha adaptación cultural siempre aparecen diferencias esenciales (en este caso en los tipos de armas) que descubren las étnicas.

De igual modo es legítimo establecer la misma ecuación para otros períodos más distantes, con la sola limitación de la mayor o menor abundancia de datos. Siempre que se observe la coincidencia de los distintos factores (fisionomía propia de la cultura, no reducida a tipos aislados, extensión de toda ella en masa o en una variedad bien definida por un territorio bien delimitado y coincidencia de estos datos en un mismo tiempo) habrá motivos justificados para hablar de pueblos. Si a ello se agrega la concordancia de los datos antropológicos que acusen una misma raza o una misma mezcla, recibirá dicho resultado una vigorosa comprobación.

La seguridad de las conclusiones estará, como es natural, en razón directa de la abundancia de datos de las distintas clases y habrá siempre que distinguir entre resultados seguros y resultados probables; pero también hay que tener en cuenta que lo que, a veces, es difícil de averiguar por un camino puede aclararse de manera indirecta por otro.

En síntesis, que los abusos y las precipitaciones que con frecuencia han perturbado la investigación de la etnología prehistórica, no son motivo para hacernos caer en un exagerado escepticismo y a dudar de la eficacia del método. Tan sólo, la experiencia de tales fracasos nos obliga a ejercitar en todo caso una rigurosa crítica y a apreciar objetivamente en cada momento si se trata de cosas seguras, de cosas probables, de posibles o de meras hipótesis de trabajo.

Pero creemos que, para la Península ibérica, es preciso intentar un ensayo de conjunto y que el momento ha llegado, existiendo materiales suficientes de todas las épocas, que son ya susceptibles de ser relacionados en un cuadro general.

En otros lugares (1) hemos intentado fundamentar la etnología de la segunda edad del hierro y seguir los movimientos de Celtas e Ibe-

(1) Véase. *Celtas* y los artículos citados del *Anuari del Institut d'Estudis catalans*, en prensa: *Estat actual de la investigació de la cultura ibèrica* y los demás acerca de la época ibérica en el *Anuari del I d'E. C.* citado. Ya en *Pre. Catal.* se dió un primer ensayo de la etnología ibérica de Cataluña en relación con la general de la Península.

ros con ayuda de los textos y de las fuentes. Partiremos de los resultados allí obtenidos que aquí sólo se resumirán brevemente para tener una base firme de referencia, y trataremos de estudiar con más detenimiento la etnología de los demás períodos. Para ello seguiremos ante todo los cambios operados en el mapa cultural de la Península a través de las distintas épocas, deduciendo objetivamente las pertinentes conclusiones etnológicas, y, en vista de los resultados obtenidos y de la comparación con las épocas con fuentes literarias, se intentará dar nombre a los distintos pueblos comprobados en períodos anteriores, o por lo menos filiarlos, dentro de sus agrupaciones naturales.

Parte primera. Los resultados de la investigación arqueológica

I. EL PALEOLÍTICO (1)

A) El paleolítico inferior.
B) El paleolítico superior.

a) La civilización franco-cantábrica —b) El paleolítico catalán de tipo franco-cantábrico.—c) La cultura capsiense.— d) Las relaciones y contras es del arte capsiense con el franco-cantábrico y su valor etnológico.—e) La antropología del paleolítico superior.—f) El epipaleolítico.—g) La significación de los kioekkenmoeddings portugueses para la antropología del capsiense — h) La relación del epipaleolítico español con el de otros territorios europeos.

a) El paleolítico inferior.

La civilización del paleolítico inferior, aunque de ella se conocen abundantes restos de casi toda la Península, con su monotonía de tipos, difícilmente permite reconocer la existencia de culturas locales a través de las que podamos sospechar la existencia de variedades étnicas. La escasez de restos humanos (el cráneo de Gibraltar y la mandíbula de Bañolas) no permite tampoco gran cosa; de todos modos

(1) Sólo en determinados casos en que es indispensable la cita de bibliografía especial se hará mención de ella. Cuando esto no suceda puede sobreentenderse que se encontraran las referencias bibliográficas completas sobre la Península en *Arq. prerom.* o en *Pre. catal.* si se trata de Cataluña. Los trabajos más recientes o se encontrarán en los dichos artículos del *Anuari del Institut d'Estudis catalans* o se citarán especialmente. También en el *Anuari* en cuestión se publica importante material inédito, procedente de las investigaciones del «Institut» de los años 1915-20.

es seguro que dichos restos pertenecen a la raza de Neanderthal. Tales restos se consideran como del momento final del paleolítico inferior y, si esto es cierto, acaso lo poco pronunciado de los rasgos típicos neandertaloides indique una tendencia a la evolución hacia otros tipos antropológicos más modernos. Es todavía un problema no resuelto el de la desaparición de dicha raza y de su posible persistencia mezclada con otros elementos étnicos más modernos; pero frecuentemente se ha supuesto (por ejemplo por Schwalbe) que no fué arrojada de Europa por la llegada de los nuevos pueblos del paleolítico superior, sino que éstos la absorbieron, perdiendo poco a poco sus rasgos típicos o incluso desapareciendo, como es frecuente cuando una raza de caracteres inferiores se pone en contacto con otra superior. Nosotros nos inclinamos a creer que el elemento neandertaloide peninsular, formando la primera base de nuestra etnología, debió permanecer, evolucionando por propia tendencia o al contacto con los nuevos pueblos del paleolítico superior, hasta disolverse en ellos. Tal permanencia no implica necesariamente la de las mismas formas neandertaloides, que sólo en contados casos continuarían invariables, pudiendo dichos restos, al convivir con los nuevos pueblos, evolucionar, perdiendo los rasgos arcaicos y asimilándose a los nuevos pueblos.

b) El paleolítico superior.

Desde el paleolítico superior hasta el final de la época postpaleolítica, o sea el período azilio-tardenoisiense se puede, gracias principalmente a los trabajos de Obermaier, de Breuil, del conde de la Vega del Sella, de Cabré, de Hernández Pacheco, de Wernert y otros, obtener con bastante precisión, no sólo el conocimiento de las distintas culturas que se desarrollaron en la Península, sino sus límites y su relación con otras culturas no peninsulares.

Según tales trabajos, cuya sistematización debemos a Obermaier y a Breuil, resulta que la civilización del N. de la Península se distingue esencialmente de la del resto del territorio español y de Portugal.

a) La civilización cantábrica.

La civilización del N. ocupa la zona cantábrica, con importantes núcleos en Asturias, Santander y las provincias vascas. No sabemos si por el Oeste continúa por Galicia o si Asturias representa el fin de

su extensión territorial. En realidad la civilización cantábrica está tan íntimamente relacionada con la del Oeste de Francia y las vertientes N. del Pirineo, que puede considerarse como una prolongación suya y es acertado el nombre con que se la conoce de *civilización franco-cantábrica*. Parece como si debiésemos explicarnos esta prolongación española como la entrada en nuestra Península de un fenómeno producido más allá del Pirineo, pues la cultura anterior, o sea la del paleolítico inferior del N. de España, difícilmente puede considerarse como el origen de la que nos ocupa. Así ha sido también reconocido por la generalidad de los investigadores.

Tanto en España como en Francia es lo característico de tal civilización el desarrollo de la industria de los tipos de los períodos llamados auriñaciense, solutrense y magdaleniense, así como el florecimiento del arte rupestre del fondo de las grutas, con representaciones de estilo naturalista y finalidad mágica, reuniendo, sin formar escena, figuras por lo general de animales, grabados o pintados en una técnica que comienza por ser rudimentaria y monocroma (auriñaciense) y termina por los bellos frescos policromos del magdalaniense.

La mayor parte de los restos humanos pertenecientes a tal civilización en Francia pertenecen a la raza Cro-magnon. En España el único resto apreciable (el cráneo de la gruta de Camargo) si bien insuficiente para el estudio de la antropología de la región, no contradice la hipótesis de que al parentesco de los tres distintos grupos de la civilización franco cantábrica corresponde una identidad de raza.

b) El paleolítico catalán de tipo franco-cantábrico.

Un problema difícil de resolver es el del límite oriental de la cultura cantábrica: faltan datos de Navarra, Huesca y Lérida. En cambio en la provincia de Gerona encontramos nuevamente yacimientos que representan la misma cultura franco-cantábrica (solutrense del «Cau de les Goges» de S. Julián de Ramis y magdaleniense de la «Bora gran d'en Carreres» de Seriñá, aparte de los yacimientos con silex atípicos). Tal grupo no pasa de la zona dependiente del Pirineo y precisamente de la parte inmediata a la comunicación natural con Francia. Aunque se han citado silex con retoques solutrenses, hallados siempre en la superficie y en sus yacimientos, procedentes de las provincias de Almería y Murcia, parece que se trata de los objetos poco

típicos para asegurar la extensión de tal civilización hasta el SE. de España (1).

¿Debemos considerar el grupo del N. de Cataluña como una infiltración de elementos culturales y étnicos del S. de Francia independientemente de la extensión por la zona cantábrica, o se trata de la prolongación de la cultura cantábrica también hacia el E. por las vertientes del S. del macizo pirenaico, pudiéndose hablar de una civilización cántabro-pirenaica? Ante la falta de datos de los territorios intermedios debe evitarse la decisión en favor de cualquiera de tales posibilidades; sin embargo, cierto distinto carácter de la civilización del paleolítico superior de Cataluña con respecto al cantábrico que se traduce en pequeñas particularidades tipológicas del solutrense de S. Julian de Ramis respecto del cantábrico, así como la gran pobreza del magdaleniense catalán y también sus peculiaridades tipológicas, así como la falta (por ahora, pues no sabemos si en adelante se encontrará) del arte de estilo franco-cantábrico, parecen inclinar a la hipótesis de que el paleolítico superior del N. de Cataluña es una extensión, paralela de la cantábrica, de la cultura que tiene su hogar más allá del Pirineo, siendo posible que quede entre ambas la zona vacía de las vertientes aragonesas y navarras del Pirineo.

c) La cultura capsiense.

La cultura franco-cantábrica no pasa al S. del sistema orográfico cántabro-pirenaico. Más al S., en la Meseta central, en el Ebro y en las costas del E. y del S. de España (en Portugal esta época es todavía mal conocida) están ocupadas por una civilización radicalmente distinta: es la llamada civilización capsiense, estrechamente emparentada con la contemporánea del N. de Africa.

La cultura capsiense se caracteriza por la monótona industria de los silex que evolucionan hacia los tipos geométricos llamados microlíticos y por el arte rupestre de los frescos al aire libre, con verdaderas escenas, en las que a diferencia del N. de España abunda la figura humana y que representan cacerías, luchas, danzas mágicas, etc. (2).

(1) Obermaier reconoce la dificultad y llega incluso a admitir que se trata de silex que pueden ser hasta neolíticos. Véase Obermaier *Das Paläolithikum und Epipaläolithikum Spaniens (Anthropos,* XIV-XV, 1919-1920), p. 157.

(2) Véase acerca de los períodos, influencias y cronología del arte capsiense, Breuil, *Les roches peintes de Minateda (L'Anthropologie,* 1920). Acerca de nuevas es-

Es de notar que los núcleos principales de la civilización capsiense parecen encontrarse en las zonas montañosas del S. de España siguiendo por los macizos costeros del E. de España y acaso bifurcándose desde el arranque de la Cordillera ibérica. Así tenemos los siguientes núcleos de dicha civilización en cuanto a la industria: Provincias de Málaga, Granada y Almería en el S. de la Península, provincias de Valencia y Teruel, siendo posible que se encuentre otro núcleo en el S. de Cataluña: Cogul. En cuanto al arte, los núcleos son mejor conocidos, pero dan el mismo resultado que la industria, aunque más completo: así se halla ante todo un núcleo en las sierras de la provincia de Málaga (cuevas de la Pileta, en Benaoján, de D.ª Trinidad en Arnales y de la Cala en Málaga), que parece que se comunica con el de las estaciones de la provincia de Almería por un lado y por otro aunque falta aún el enlace (cuya existencia parece indicar el hallazgo de estaciones con industria capsiense en la provincia de Granada), el núcleo importante de Sierra Morena. Un segundo núcleo se halla en el arranque del sistema orográfico ibérico, eso es en las provincias de Albacete y Valencia (grupo de Minateda, Alpera). Este grupo parece extenderse en distintas direcciones: por una parte siguiendo los macizos ibéricos (Albarracín), por otra siguiendo las cordilleras costeras y derivando en algunos casos hacia el interior. El grupo de la costa se extiende por las provincias de Valencia (Bicorp), Castellón (la Valltorta en la región de Albocacer con sus numerosas estaciones y Morella) y Tarragona (Vandellós, Tivisa). Las derivaciones de estos núcleos costeros hacia el interior son por el Bajo Aragón (el Calapatá de Cretas y la Val del Charco del Agua Amarga en Alcañiz, en la provincia de Teruel y en Cataluña en la parte meridional de la provincia de Lérida (Cogul).

Claro está que es difícil precisar cuáles sean los límites extremos alcanzados por la civilización capsiense en el paleolítico superior en la Península, dado lo mal conocidos que son los territorios occidentales. Pero no parece inverosímil que los focos principales del capsiense sean los del S. y E. En realidad, el arte del Centro de España, representado por las estaciones de Salamanca (Las Batuecas) y de

---

taciones de la provincia de Málaga: Breuil, *Nouvelles cavernes ornées paléolitiques de Malaga (Anthropologie* XXX, 1921, p. 339 sig.) Las pinturas de tipo paleolítico recientecientemente descubiertas en Vandellós y Tivisa (prov. de Tarragona) inéditas.

Burgos (cuevas de Atapuerca, del Silo y de S. García) (1) son más bien la continuación de la civilización capsiense en pleno neolítico. También es de notar el hecho curioso que a medida que nos alejamos del S. y SE. de la Península, parece que sólo se encuentran las fases más recientes de la civilización capsiense: así, en el arte, las fases más antiguas parecen estar bien representadas sólo en la Pileta, en la cueva de D.ª Trinidad y en la de la Cala, en la provincia de Málaga y en Minateda (estilos auriñacienses), mientras que en las extensiones del NE. dominan los estilos que podríamos suponer paralelos al magdaleniense cantábrico). También en las estaciones con industria capsiense observamos el mismo fenómeno: las estaciones de un capsiense que se pueda considerar como todavía paleolítico superior, no pasan de la provincia de Teruel en el Centro de España, pues las estaciones de Aguilar de Anguita y Alcolea del Pinar, en Guadalajara, y acaso también el abrigo de la Aceña, en la de Burgos, son de un capsiense final, que es paralelo del azilio-tardenoisiense, o sea ya del epipaleolítico (2). Este es el mismo caso de los Kioekkenmoeddings de Portugal.

d) Las relaciones y contrastes del arte capsiense con el franco-cantábrico y su valor etnológico.

El arte capsiense en su principio y en distintos momentos de su evolución recibió, al parecer, influencias del arte cantábrico, e indudablemente a ellas se debe la técnica naturalista de las figuras de animales, que a pesar de la decadencia de ciertos momentos de la evolución, domina claramente en todo el paleolítico (3). Tal tendencia a degenerar que en el arte animalístico se nota, en seguida que cesan las influencias del N., nos indica que el arte capsiense lo debemos a un pueblo distinto de aquel que produjo el arte cantábrico, corroborando lo que ya podríamos deducir de las diferencias esenciales que manifiesta la industria de ambas culturas.

Tal tendencia a la degeneración del arte animalístico de estilo

---

(1) Véase Breuil, *Les peintures rupestres de la peninsule iberique* IX. *La vallée peinte des Batuecas (Salamanca) (L'Anthropologie* XXIX, 1919, p. 1 y sig.)—Breuil, *Miscellanea d'art rupestre (Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural,* 1920, p. 322 y sig.) (cuevas de Atapuerca, del Silo y de S. García).

(2) Obermaier, *Das Pal. u. Epipal. Spaniens*, p. 161.

(3) Breuil, *Les roches peintes de Minateda.*

naturalista es fruto de que, por repugnar a la manera de ser del arte capsiense, no llegó a aclimatarse del todo en su territorio, en donde, en cambio, floreció desde el principio del paleolítico superior la representación de la figura humana esquematizada, dando preferencia en ella a aquellos rasgos que acentúan la expresión, sobre todo del movimiento, sobre los rasgos meramente descriptivos de formas. Así, es posible casi confundir, ateniéndose solo al estilo, figuras de las primeras fases (auriñaciense) con las de fases mucho más avanzadas (por ejemplo, de las que se pueden atribuir al magdaleniense). El notable contraste entre las representaciones humanas, esquematizadas desde el primer momento, siguiendo iguales a través de todas las fases, con las figuras de animales naturalistas cuando es viva la influencia del N., y degenerando en seguida que cesa, ha inducido también a Breuil, al estudiar las pinturas de Minateda que han puesto en claro por fin la cronología relativa y absoluta del arte del E. y del S., a considerar las representaciones humanas como las verdaderamente típicas del arte capsiense y a insistir en que las representaciones naturalistas de animales constituyen un elemento forastero.

Que la verdadera nota distintiva del arte capsiense está en la representación convencional de la figura humana, a diferencia del arte cantábrico, en el cual lo típico está en los animales de estilo realista, lo podemos reconocer también en el hecho de que, después del paleolítico, cuando ya no existe el arte cantábrico, el capsiense se desarrolla estilizándose hasta el sumo grado tanto las figuras humanas como las de animales, pero con completo predominio de las primeras.

Estas diferencias, que en realidad no se refieren solo al arte, sino a toda la cultura, como se ha visto, indican sin duda una distinta naturaleza étnica. Podemos hablar, por lo tanto, de un pueblo *cantábrico* (el mismo o análogo al del N. de Cataluña, según se resuelva el problema antes planteado) y de un pueblo *capsiense*.

e) La antropología del paleolítico superior.

Del pueblo cantábrico ya hemos dicho que tan sólo puede suponerse que, como el de idéntica cultura de Francia, pertenecía a la raza de Cro-magnon o a una de sus variedades.

El pueblo capsiense no nos ha dejado restos óseos del paleolítico ni en España ni en Africa, el otro territorio de su cultura. Sin em-

bargo, por otros indicios puede llegarse al conocimiento de su naturaleza étnica.

Las representaciones humanas del arte capsiense nos muestran diversos tipos de hombres. Puede decirse que se nota una mezcla de tipos de elevada estatura con otros de baja, hay que señalar la especial gordura de las caderas y de la parte posterior, o sea la esteatopigia, en la que algunos se han fijado. Todo ello, aunque no sea mucho ni muy seguro, por fundarse solamente en las representaciones rupestres, parece indicar un pueblo mezclado, en el cual debió haber un fuerte elemento africano.

f) El Epipaleolítico.

Otro camino puede seguirse para determinar la naturaleza del pueblo capsiense. Es el estudio del estado de cosas del período que sigue al paleolítico; el epipaleolítico, o sea el llamado azilio-tardenoisiense. Entonces, como se desprende de los últimos trabajos de Obermaier, la división de España en dos culturas con territorios perfectamente delimitados y que corresponden a los del paleolítico (1) persiste, En el N., en el territorio de la civilización cantábrica del magdaleniense, se encuentra la cultura aziliense, que no es otra cosa sino una prolongación decadente del magdaleniense, también en relación con el inmediato territorio del S. de Francia. En el resto de la Península, en el mismo territorio del capsiense, una prolongación de éste, que en Portugal está representada por los Kioekkenmoeddings de Mugem. La persistencia en la zona cantábrica de elementos de civilización, análogos a los del magdaleniense, permite suponer la continuación del mismo pueblo, confirmada por el hecho de que en Francia a la cultura aziliense parece corresponder un tipo antropológico semejante al de Cro-magnon.

g) La significación de los Kioekkenmoeddings portugueses para la antropología del capsiense.

En el territorio de la prolongación del capsiense hay que suponer lógicamente un pueblo análogo al del paleolítico; y precisamente de tal capsiense epipaleolítico poseemos bastantes cráneos para poder apreciar los caracteres antropológicos del pueblo en cuestión. Se

(1) Véase Obermaier en *El Hombre Fósil* (Madrid, 1915) y en el trabajo citado *Das Pal. u. Epipal. Spaniens,* p. 161 y sig.

trata de los restos óseos de los kioekkenmoeddings de Portugal, estudiados recientemente de nuevo por el Profesor Mendes Correa (1). Este ha distinguido varios tipos:

1) Tipo *dolicocéfalo,* «de baja estatura, arcos superciliares des-»arrollados en los cráneos masculinos y atenuados en los femeninos, »frente a veces inclinado, cráneo alto y de poca capacidad, suturas »craneanas anteriores bastante sencillas y posteriores muy compli-»cadas, achatamiento posterior de la región parieto-occipital, cara »moderadamente alargada, órbitas en general bajas, mesorrina, arcos »zigomáticos un poco salientes, acentuado prognatismo, barbilla pro-»minente, gonion extrovertido, húmeros frecuentemente perforados, fémures en pilastra, tibias platicnémicas.»

Mendes Correa designa este tipo con el nombre de *Homo afer var. taganus* y encuentra en la poca capacidad craneana la mesorrinia, el prognatismo, la frecuente oblicuidad de la frente, la estatura baja, etc., caracteres que le hacen pensar en una raza de origen africano, en cierto modo negroida, y con curiosas semejanzas con la raza auriñaciense de Combe-Capelle.

2) Tipos *braquicéfalos.* Según el citado antropólogo, existen los siguientes: uno que llama *protobraquimorfo* de sección horizontal trapezoide, frente estrecha y occipucio vertical; el que denomina *protoesfenoide,* acaso asimilable al anterior, pero de caracteres menos acentuados; por fin, el que califica de *ortobraquimorfo,* de frente más larga, e inclinada, occipucio convexo, sección horizontal redondeada, órbitas altas, mesorrinia, prognatismo.

La proporción entre dolicocéfalos y braquicéfalos acusa el predominio de los primeros.

Comparando estos resultados del profesor Mendes Correa con los que se deducen del estudio de la civilización capsiense, puede decirse que nos dan idea de lo que fuese el pueblo que la desarrolló.

De un lado el carácter africano de la civilización capsiense, radi-

---

(1) Mendes Correa, *Raça e nacionalidade* (Porto, Renascença portuguesa, 1919), pág. 45 y sig. Además véase del mismo autor: *A propos de caracteres inferieurs de quelques crânes préhistoriques du Portugal (Archivo de Anatomia e Anthropologia.* Lisboa, 1917), *Estudos da etnogenia portuguesa (Cranios braquicéfalos) (Anais scientificos da Facultade de Medecina do Porto,* IV, n.º 1, 1917), entre otros trabajos. Ultimamente recoge de nuevo, con algunas modificaciones, sus puntos de vista en *Homo* (Oporto, 1921).

calmente distinta de la cultura cantábrica de tipo europeo, de otro los tipos de los hombres (en particular la esteatopigia) representados en el arte rupestre del territorio capsiense, concuerdan con los caracteres en parte negroidas de los cráneos de Mugem. En las figuras del arte rupestre en que puede estudiarse mejor el perfil, por ejemplo, en algunas de Alpera, se nota la frente oblícua, así como la nariz de aspecto primitivo. De la estatura es naturalmente difícil juzgar, pues no hay base segura para determinar la escala a que están representadas tales figuras humanas, pero algunas producen el efecto de pertenecer a individuos bajos. La misma esteatopigia, que se ha querido reconocer en las figuras capsienses, de existir realmente, sería un nuevo indicio de africanismo. Y quién sabe si el mismo parecido notabilísimo entre el arte capsiense y el de los bosquimanes de Africa, que hoy son los principales representantes de la esteatopigia, proviene, no de la casual coincidencia de desarrollos que independientemente han llegado a resultados parecidos, sino de posibles raíces comunes.

En todo caso, sea cual sea el origen y el próximo parentesco de sus elementos componentes, hay derecho a hablar de un pueblo capsiense, bien distinto del cantábrico y con toda seguridad no procedente de Europa, sino del Norte de Arica.

h) Las relaciones del epipaleolítico español con el de otros territorios europeos.

Para terminar con lo referente al pueblo capsiense, deben apuntarse las relaciones con otros elementos étnicos de otras regiones de Europa en el paleolítico y epipaleolítico, sin que pretendamos más que plantear este problema desde un punto de vista general, reservando su documentación para otro lugar.

Parece hoy ya cosa segura (1) que en el epipaleolítico, o sea en el período llamado azilio-tardenoisiense, desde el E. y Centro de España tiene lugar una gran expansión de los microlitos capsienses, los cuales, en primer lugar, a fines del período, se han infiltrado en el aziliense tanto cantábrico como en el del SW. de Francia, en donde la verdadera cultura aziliense no parece pasar de la zona dependiente de los Pirineos occidentales y centrales, pero en ningún caso a la zona costera del Mediterráneo. En esta última, pero sobre todo en la

(1) Véase el trabajo citado de Obermaier, *Das Pal. und Epipal. Spaniens.*

Francia central y septentrional, comunicándose este último territorio con Bélgica y las Islas Británicas, aparece la civilización de los microlitos capsienses en toda su pureza, constituyendo el llamado tardenoisiense.

Desde antiguo se ha venido creyendo que tal civilización es debida a un pueblo distinto del magdaleniense que en el epipaleolítico invadió tales regiones. Ahora, con los últimos trabajos Obermaier, podemos tener tal presunción como cosa segura y además afirmar que la aparición de la cultura capsiense tan pura y en época inmediatamente posterior a su florecimiento en España, no es una mera influencia cultural, sino el desplazamiento de masas de población desde España hacia el N. Así se explica que en tales lugares con los microlitos geométricos tardenoisienses no aparezcan los harpones ni otros tipos azilienses y que en cambio en las regiones del aziliense los tipos tardenoisienses, o mejor dicho capsienses, aparezcan exclusivamente en relación con los azilienses, pues se trata tan sólo de una mera influencia de cultura o a lo más, si hubo penetración de la población capsiense, sería tan sólo una mera infiltración de escasos individuos que no consiguieron desnaturalizar la masa general de la población.

Un fenómeno parecido al del aziliense franco-cantábrico lo hallamos en la periferia oriental del tardenoisiense, en el centro y norte de Europa. En los Alpes y en el S. de Alemania (Ofnet) se desarrolla también un aziliense, con meras infiltraciones de tipos microlíticos tardenoisienses. En el N. de Europa, una cultura equivalente: el maglemosiense recibe también lejanas influencias del tardenoisiense.

Todos estos fenómenos no pueden ser interpretados más que admitiendo que el epipaleolítico fué una época de grandes movimientos de pueblos, desplazándose desde la península ibérica (territorio capsiense) masas considerables de población, que penetrando en Francia por el SE. ocupó las llanuras del N., pasando acaso también a las Islas Británicas y desarrollando el llamado tardenoisiense. Esta invasión dividió el antiguo pueblo franco-cantábrico del magdaleniense, quedando su parte occidental aislada en el SW. de Francia y en la zona cantábrica y otros núcleos en la zona alpina y en el S. de Alemania. Tales aislamientos de los antiguos magdalenienses son los que desarrollaron la civilización aziliense, un magdaleniense decadente, con influencias o infiltraciones capsienses.

Estos movimientos de pueblos y de culturas tuvieron natural-

mente su trascendencia antropológica, que podemos reconocer en los cráneos del Mas d'Azil y de Ófnet, o sea de dos lugares típicos de la cultura aziliense, el primero de la zona pirenaica y el segundo del centro de Europa (Baviera). Los primeros puede admitirse que continúan el tipo del paleolítico superior, aunque de ellos no hay todavía publicación adecuada. En Ófnet nos encontramos en presencia de una población mezclada de dolicocéfalos y braquicéfalos.

Con el precedente de Mugem, parece natural, aunque desgraciadamente de la civilización tardenoisiense no tengamos cráneos, suponer que los tardenoisienses serían, como los de Mugem también, una raza mezclada con braquicefalos. Así no es de extrañar la infiltración de un elemento braquicéfalo en Ófnet, en un territorio en donde quedó aislada la antigua población que debió constituir la gran masa, pero que pudo recibir una infiltración de los tardenoisienses, como en su cultura se refleja también la influencia tardenoisiense.

Este movimiento de pueblos explica varios fenómenos de la antropología posterior, del neolítico, época en que aparece, aunque siempre mezclado con otros, un importante elemento braquicéfalo, ante todo en la península ibérica, pero también muy particularmente en los territorios en donde se desarrolla el tardenoisiense y las civilizaciones influídas por él.

Pero también otros fenómenos, hasta ahora inexplicables, reciben ahora una cierta luz: cierto elemento negroida que exporádicamente aparece en Francia durante el neolítico y que puede ser un resto de uno entrado con los tardenoisienses, análogo al elemento negroida de los kioekkenmoeddings de Mugem.

Quién sabe si los discutidos negroidas de Grimaldi representan una primera infiltración de elementos capsienses, no sabemos si desde la península ibérica o a través de otro camino. Y hasta la esteatopigia paleolítica (Venus de Willendorf, relieves franceses) podría intentarse explicarla, en relación con su presencia en el arte capsiense español, también como producto de la misma infiltración, precedente de los movimientos del capsiense, aunque acaso desde otra base.

Ultimamente el Profesor Boule (1) siguiendo las huellas de Ver-

(1) M. Boule, *Les hommes fossiles* (París, Masson, 1921), págs. 272 y sig., p. 281 y sig.—Ver también en las págs. 299 y sigs. de la misma obra de Boule los paralelos de los tipos negroidas y particularmente bosquimanes que pueden encontrarse en el arte auriñaciense, cosa que corrobora los resultados antropológicos señalados.

neau (1) y de Sollas (2), ha insistido en los caracteres negroidas de los hombres de Grimaldi, encontrando afinidades en su constitución esquelética y la de los bosquimanes y hotentotes, relacionando todo esto también con la supervivencia de elementos negroidas en las épocas posteriores, no sólo en Francia, sino en diversos países del S. de Europa, como ya lo había hecho Verneau (3).

Por fin, otro posible indicio de tales infiltraciones capsienses lo tendríamos de confirmarse la suposición de Mendes Correa acerca del parecido del tipo dolicocéfalo de Mugem con el hombre auriñaciense de Combe-Capelle (4). Recuérdese además que en la cultura del auriñaciense inferior existen notables analogías con los tipos líticos del capsiense antiguo (las puntas de la Gravette), que luego se pierden yendo cada cultura por caminos distintos.

Así nuestros hombres de Mugem y en general nuestro capsiense adquieren especial importancia y al propio tiempo pueden ser mejor comprendidos a la luz de los hechos mencionados del resto de Europa (5).

---

(1) Verneau, tomo II, fascículo I *(Anthropologie) de las Grotes de Grimaldi (Baoussé-Roussé)* (Mónaco, 1906), p. 125 y sigs.

(2) Sollas, *Ancient hunters and their modern representatives* (Londres, Macmillan, 1915), p. 385 y sigs.

(3) Verneau, *lugar citado*, p. 159 y sigs. (supervivencias en las épocas prehistóricas, particularmente en el neolítico y eneolítico de Francia, Italia y Suiza) y p. 181 y sigs. (supervivencias modernas, también en dichos países).

(4) Mendes Correa, *Homo* (Oporto, 1921).

(5) Nos parece seguro que en el capsiense hay que buscar también el origen de los braquicéfalos del S. y W. de Europa y aun de la región alpina, acerca de la cual como hemos visto, llegan las influencias tardenoisienses (Ofnet). Esto ha sido reconocido por Mendes Correa, quien por primera vez ha valorado justamente la importancia de los restos de los kioekkenmoeddings de Portugal. Sin embargo no creemos necesario buscar el origen de tales braquicéfalos en Oriente como lo hace él (véase los trabajos citados de Mendes Correa, especialmente *Estudos de etnogenia portuguesa. Cranios braquicéfalos. Anais scientificos da Facultade de Medecina do Porto,* IV, n. 2, 1917 y *Homo* (Oporto), 1921). Creemos que tales braquicéfalos pueden suponerse simplemente entrados con los capsienses, que ya hemos visto que parecen un pueblo bastante mezclado, procedentes del N. de Africa. Por lo demás, es un hecho que en el N. de Africa hasta muy tarde se reconocen ciertos elementos braquicéfalos, que podrían ser muy bien supervivencias de los capsienses. El mismo caso sería acaso el del elemento braquicéfalo, que mezclado con dolicocéfalos aparece en Malta y Sicilia en el encolítico (en Malta precisamente en la misma cultura de las figuritas de piedra representando mujeres esteatopígicas). No es esto suponer precisamente que tales gentes de Malta y

II. EL NEOLÍTICO Y EL ENEOLÍTICO

A) Los pueblos de la Península.

a) Los principios del neolítico.—b) Las civilizaciones del neolítico avanzado.—c) El arte rupestre post-paleolítico y el problema de los pueblos de las culturas portuguesa y central.—d) El pueblo de la cultura de Almería.—e) La formación de las culturas del neolítico y eneolítico.—f) El pueblo pirenaico.—g) Resultados.

B) El problema de las relaciones de las culturas y pueblos peninsulares con los demás de Europa.

a) Francia. b) La cultura del vaso campaniforme del Rhin y la cultura palafítica.— El Occidente del Mediterráneo.

A) Los pueblos de la Península.

a) Los principios del neolítico.

De los comienzos del neolítico sólo se sabe que en la región cantábrica, desde Asturias hasta el país vasco (Biarritz), se extendió la civilización llamada asturiense (1) y estudiada por Obermaier y el conde de la Vega del Sella, que aparece en Kioekkenmoeddings a la entrada de cuevas y cuyo tipo característico es el canto rodado en el que se ha tallado una punta (pico). La posición cronológica de esta civilización la asegura el hecho, repetidas veces observado, de que se superpone a las capas azilienses de las cuevas. Al S. de la cordillera cantábrica por ahora no se ha comprobado la aparición de restos de tal cultura.

Restos o estaciones contemporáneas de las asturienses, en el resto de la Península, todavía no se conocen y hay que llegar al final del neolítico para encontrar estaciones que nos den a conocer la cultura que en dicho territorio se desarrolló.

Sicilia hayan permanecido allí desde el capsiense ni prejuzgar el principio de tales civilizaciones; pero si nos parece que aunque puedan deberse a pueblos que en fecha tardía (neolítico avanzado) puedan haber llegado allí, como que lo probable es que procedan del N. de Africa, son utilizables como indicio de supervivencia de braquicéfalos capsienses. Se explica que en general en el N. de Africa tales braquicéfalos abunden poco por haber sido seguramente absorbidos por los dolicocéfalos de tipo mediterráneo (camitas), que constituyen la gran masa de la población norte-africana.

(1) Además de los anteriores trabajos de Obermaier y el conde de la Vega del Sella (citados en *Arq. prerom.)* véase el último de Obermaier: *Das Pal. und. Epipal. Spaniens* pág. 167 y sigs.

b) Las civilizaciones del neolítico avanzado y del eneolítico.

Ya en el fin del neolítico conocemos bien la evolución de la cultura en toda la Península y nos es posible seguirla hasta el final del eneolítico o, mejor dicho, hasta el principio de la edad del bronce, distinguiéndose varios períodos en ella (1).

Desde el final del neolítico se comprueba la existencia de tres culturas fundamentales (2): La occidental, o sea la de los megalitos portugueses, que en el pleno eneolítico avanza hacia el E., ocupando una parte de la provincia de Salamanca, Extremadura, y la provincia de Huelva, a expensas de la segunda cultura. Esta, la central, ocupó la meseta, con Andalucía, llegando por el NE. hasta Aragón y Cataluña, en donde se toca con la cultura del S. de Francia, íntimamente emparentada con la central española. En el neolítico final y en el neolítico inicial la nota típica de esta última es su presencia en cuevas y como principal de la industria humana la cerámica ornamentada, que permite distinguir dos regiones de la cultura central con personalidad bien marcada: la mitad N., (Castilla la Vieja, Aragón, Cataluña), con cerámica, en la cual predomina el relieve, y la mitad S. (desde Extremadura hasta Andalucía), en donde predomina la decoración incisa. De este último subcírculo de cultura sale en el pleno eneolítico la cerámica del vaso campaniforme, cuya decoración es una evolución de las incisiones de cerámica anterior de esta región. La cultura del vaso campaniforme, como ahora puede llamarse, penetra en Castilla la Nueva, borrando las diferencias de los períodos anteriores, que solo continúan vivas en un rincón montañoso de la provincia de Lérida; en cambio pierde terreno en Extremadura por el referido avance de la cultura megalítica portuguesa y en el E. de Andalucía, por otro avance de la tercera cultura: la del SE. o de Almería.

La civilización de Almería, típica de poblados y sepulcros no megalíticos en los que se comprueba pronto el desarrollo de la metalurgía del cobre, ocupa en seguida todo el SE. (Almería, el reino de Murcia, la provincia de Alicante), en el eneolítico inicial por el litoral llega hasta las cercanías de Málaga, mientras por el N. ocupa todo el

---

(1) Para la subdivisión cronológica del neolítico y eneolítico véase *Arq. prerom.*

(2) Véanse los trabajos citados en la nota referentes a la ordenación geográfica del neolítico y eneolítico. (1.ª)

reino de Valencia, y el S. y parte del centro de Cataluña (provincia de Tarragona y casi toda la de Barcelona, hasta Solsona, ya en la provincia de Lérida). En el pleno eneolítico la cultura del SE., llegando a su apogeo, se anexiona también la provincia de Granada en el S. y en su extensión septentrional se introduce, al parecer por los pasos de las montañas del Maestrazgo, en el Bajo Aragón.

El N. de la Península, salvo en el pleno eneolítico, constituye un problema por resolver. La civilización asturiense del comienzo del neolítico parece que debió prolongarse hasta un neolítico avanzado; pero su enlace con las culturas del pleno eneolítico es difícil de averiguar. Parece como si la cultura central de las cuevas con cerámica decorada en relieve se hubiese infiltrado en el N. de España, a juzgar por fragmentos de cuevas de Santander y del N. del país vasco, o sea precisamente en los lugares próximos a la comunicación de la costa cantábrica con la meseta.

En el pleno eneolítico, acaso todo el N. de España (de Asturias y Santander, sabemos muy poco) (1), pero con seguridad la zona pirenaica desde el país vasco hasta Cataluña vió florecer una cultura propia y que a pesar de recibir influencias notables de las demás (los megalitos de Portugal, el vaso campaniforme del Centro, las puntas de flecha de la cultura de Almería a través de su extensión septentrional) supo conservar su personalidad bien marcada, penetrando hasta el S. de Francia, en donde llegó a ocupar hasta la Provenza, a expensas de la civilización anterior, emparentada con la central de España del neolítico final.

---

(1) Acerca de las cuevas mencionadas de la provincia de Santander (particularmente las capas superiores de las cuevas del Castillo y Hornos de la Peña y la cueva de Canto Pino en Iruz) véase Bosch: *Estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península ibèrica (Anuari del Institut d'Estudis catalans,* VI, 1915-1921, en prensa). Acerca de la cueva de Basondo (Vizcaya), en excavación por los señores Aranzadi, Barandiarán y Eguren, todavía no se ha publicado nada referente al material, pero debemos su noticia a la amabilidad del señor Aranzadi. De Asturias faltan también datos o consisten en cerámica grosera atípica (como la que nos ha mostrado el conde de la Vega del Sella). En cuanto a Galicia sólo podemos decir con seguridad que en el eneolítico parece ser una extensión de la cultura portuguesa; si antes del neolítico final Galicia fué también un territorio emparentado con Portugal o por el contrario relacionado con la zona cantábrica, es imposible por ahora decirlo.

La relación del principio de estas culturas con las de épocas anteriores en general, es difícil de establecer.

En cuanto al asturiense, única cultura conocida del principio del neolítico, es indudable que no ofrece ningún parentesco con la inmediatamente anterior, o sea el aziliense. Que hubiese a principios del asturiense un cambio de población en el N. de España es, sin embargo, difícil de imaginar, pues si allí no hay precedentes de la cultura asturiense, menos se hallan en otra parte y ni en Francia (campiñiense) ni en el resto de España, en donde entraría en consideración sólo el capsiense, es posible encontrar nada que pueda relacionarse con el asturiense. No cabe otra explicación sino admitir que el asturiense se formó en su propio territorio y que su naturaleza tan distinta de la de las culturas que le precedieron se debe a una transformación radical de la manera de vivir de los hombres del comienzo del neolítico, impuesta por el cambio del medio ambiente climatológico, y, lo que en parte es consecuencia de lo anterior, de las posibilidades de subsistencia, que redujeron a aquellos hombres a la vida miserable de comedores de moluscos, mientras llegaban a ellos los progresos económicos y sociales del neolítico, o sea la domesticidad de los animales, la agricultura, la organización de la vida social, etc., que debían abrirles nuevas posibilidades de existencia y libertarles de su anterior condición.

A pesar de la falta de hallazgos del resto de la Península, es más fácil explicarse allí el paso del paleolítico al neolítico o por lo menos averiguar la relación en que se hallan las culturas neolíticas respecto de las anteriores.

c) El arte rupestre post-paleolíticos y el problema de los pueblos de las culturas portuguesa y central.

Otro resultado de las investigaciones de los últimos años ha sido el estudio del arte rupestre post-paleolítico (1). El arte del capsiense se prolonga hasta el pleno eneolítico y entonces aparece en relación con estaciones, sepulcros o hallazgos de fecha segura. Además se observa que, a medida que avanza el tiempo, la tendencia a la estilización, que ya era una de las notas características del arte capsiense, se recrudece cada vez más, llegando tanto las figuras humanas como las de animales, a un completo esquematismo. Las últimas fases, o sea las más estilizadas, están siempre en relación con hallazgos eneo-

(1) Bibliografía citada en *Arq. prerom.*

líticos (grabados de ciertos sepulcros megalíticos, figuras como las del arte rupestre estilizado en la cerámica del vaso campaniforme o en la de Los Millares, representación del puñal de cobre de Peña Tú). Las fases anteriores menos estilizadas no tienen fecha segura, pues ningún objeto de cronología cierta puede ponerse en relación con ellos; sin embargo, teniendo como *terminus ante quem* las representaciones esquemáticas eneolíticas y como *terminus post quem* el arte con influencias naturalistas cantábricas del capsiense, o sea del paleolítico, las fases intermedias en la estilización, cuya posición en el proceso estilístico está asegurada frecuentemente por superposiciones, deben corresponder necesariamente al tiempo intermedio, o sea al principio y medio del neolítico.

No es aventurado afirmar que el pueblo capsiense, que desarrolló su arte en el paleolítico, continuó en la Península durante los siguientes períodos, llenándose con su arte el vacío que deja en la serie de los períodos prehistóricos de la Península la falta absoluta de hallazgos. Pero además puede observarse que tales manifestaciones del arte neolítico y eneolítico están en relación con las distintas civilizaciones que hemos visto que florecieron en la Península de tal manera que puede afirmarse que algunas de ellas se deben a los mismos pueblos del arte estilizado.

Es característico que las pinturas de fases menos estilizadas cubren un territorio que coincide con el de las culturas central y occidental: Las Batuecas (Salamanca), Sierra Morena, la Laguna de la Janda (Cádiz), Minateda (Albacete), y en Portugal las pinturas de ciertos dolmenes de Beira. En el pleno eneolítico continúa siendo su verdadera zona de dispersión la de las mencionadas culturas (Sierra Morena, Laguna de la Janda, Las Batuecas, Extremadura, Portugal, Galicia, y además en el E. de la Península: Minateda, Alpera, Cogul, Tivisa), pero se generalizan en toda la Península, pasando incluso a la cultura pirenaica (grabados de Faido y Albaina en la provincia de Alava y en la zona megalítica pirenaica catalana los de la galería cubierta del Barranco en Espolla y las rocas con grabados de Capmany, también en la provincia de Gerona) (1).

Parece que debemos considerar las culturas central y occidental

(1) Los grabados de la prov. de Alava en Barandiarán: *El arte rupestre en Alava (Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales,* 1920, p. 65 y sigs.) Los de la galería cubierta del Barranco de Espolla en Bosch-Pericot: *Els sepulcres megalitics del*

como producto de un pueblo descendiente de los antiguos capsienses. Y esto nos lo indica, no sólo la dispersión del arte estilizado en el territorio de dichas civilizaciones y la relación de éstas con aquél, sino también la antropología (1).

Aunque se impone un nuevo estudio de los cráneos del neolítico y eneolítico, pues sólo lo tenemos de algunos de ellos y no siempre suficiente, se comprueba en las culturas occidental y central una raza mezclada de dolicocéfalos y braquicéfalos, predominando los primeros, lo mismo que en los kioekkenmoeddings de Mugem; parece sin embargo que ya no se comprueban los caracteres negroidas que aparecían en ciertos cráneos de Mugem, lo que induce al Profesor Mendes Correa a creer en la discontinuidad de la población neolítica respecto de la anterior. La semejanza de la proporción entre dolicocéfalos y braquicéfalos, por lo menos en Portugal, y sobre todo el parecido de los cráneos braquicéfalos de ambos períodos, así como los motivos indicados para suponer la continuidad de la población a través del desarrollo del arte rupestre, nos hacen creer que el pueblo de la cultura portuguesa del neolítico y eneolítico fuese análogo al de Mugem; representando la ausencia de los caracteres negroidas tan sólo una evolución en sentido progresivo.

Una raza análoga a la de Portugal debió ser la del Centro de la Península, encontrándose también la braquicefalia en ella, por ejemplo, en la necrópolis de Ciempozuelos.

d) El pueblo de la cultura de Almería.

El pueblo de la cultura del SE., o sea de Almería, es otro problema interesante. Ante todo cabe observar que esta cultura tiene indu-

---

Alt Empordá (Anuari del Institut d'Estudis catalans VI, 1915-1920, Crónica en prensa). Los de las rocas de Capmany en L. M. Vidal: *Nota sobre un «menhir» y una «piedra oscilante» con escultura y letras ibéricas (Memorias de la R. Academia de Ciencias y Artes de Barcelona,* XI, 3.ª época, n. 13, 1914).

(1) Para la antropología portuguesa véanse los trabajos citados de Mendes Correa. Para España el apéndice antropológico de Cartailhac, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (París 1886), además de otros trabajos sobre cráneos sueltos, entre los que deben citarse especialmente: Hervé, *Populations mésolithiques et énéolithiques de l'Espagne et du Portugal (Revue mensuelle de l'Ecole d'Anthropologie de París,* 1899, p. 265); Antón, *Cráneos antiguos de Ciempozuelos (Boletín de la Real Academia de la Hist.,* XXX, 1877, p. 467 y siguientes): Deselaers, *Cráneos eneolíticos de Ciempozuelos* (id. id. LXXXI, 1917, p. 17 y sig.)

dablemente su hogar en la provincia de Almería y seguramente en la costa. Lo confirma la dirección de sus expansiones, tanto la que siguió la costa andaluza y que en el eneolítico pleno incorporó a esta cultura la provincia de Granada, como la extensión por todo el SE., la costa valenciana y una parte de Cataluña. En todas estas extensiones la cultura de Almería aparece como algo que se recibe ya formado y ciertamente menos floreciente que en su verdadera patria originaria. Los cráneos que de tal civilización tenemos del neolítico y eneolítico son los siguientes: en Almería el del sepulcro de Puerto Blanco, en la extensión occidental el de la cueva del Tesoro, en la provincia de Málaga, en la a través de la costa oriental de España, los del sepulcro del Cañaret de Calaceite (Teruel), en Cataluña los de los sepulcros de Villanueva y Geltrú y algún otro todavía no estudiado (por ejemplo, de sepulcros de Solsona). El tipo antropológico es siempre el mismo: dolicocéfalo de carácter mediterráneo, cosa que conocemos mejor en el principio de la Edad del Bronce, cuando de Almería se tienen necrópolis con gran número de sepulcros.

Nos atrevemos a creer que así como las demás culturas de la Península aparecen autóctonas en el sentido de derivadas de las tradicionales del paleolítico, la de Almería es algo nuevo, llegado en el neolítico final o poco antes, lo cual significa un nuevo pueblo. La antropología nos enseña que se trata realmente de gentes distintas de las de las civilizaciones restantes y más bien emparentadas con los pueblos del occidente del Mediterráneo: la topografía nos confirma que, habiendo partido para su expansión por la Península de la zona litoral de Almería y siendo sus movimientos todos en dirección opuesta a dicha costa, no hay otra explicación posible más que la de admitir que las gentes de Almería llegaron por mar desde la costa de Africa, visible desde la de Almería.

Si del pueblo capsiense salió el de las cuevas y el de la cultura portuguesa, no tiene nada de particular que en los comienzos de la cultura portuguesa en el neolítico final aparezcan los silex geométricos semejantes a los del capsiense final o tardenoisiense, que en la Península representan los kioekkenmoeddings de Mugem de manera típica. El intervalo de tiempo entre el epipaleolítico de los Kioekkenmoeddings de Mugem y el neolítico final representado por el comienzo de la cultura portuguesa es difícil llenarlo con material arqueológico que permita darnos cuenta del proceso de formación de nuevas cul-

turas, pero en todo caso el arte rupestre es el lazo de unión de ambos períodos y observamos que en los dos momentos en que conocemos la industria existen tipos parecidos.

La presencia de los silex geométricos de tipo tardenoisiense de Almería puede explicarse teniendo en cuenta que si es cierto lo que suponemos acerca del origen africano de la cultura de Almería y siendo el N. de Africa uno de los focos más importantes de la anterior cultura capsiense, de la que tales silex geométricos son típicos, no tiene nada de particular que las gentes de Almería, a su paso por el N. de Africa, adoptaran los microlitos geométricos. Así los traen a la Península independientemente de la existencia en ella de los que eran continuación de los del capsiense español.

e) La formación de las culturas neolítico y eneolítico.

Por aventurado que parezca ante la escasez de datos, queremos formular una hipótesis acerca de la formación de las culturas neolíticas derivadas de la capsiense, que las ulteriores investigaciones se encargarán de confirmar o de modificar, sin pretender pasar con ella más allá de los límites de una hipótesis de trabajo.

Un cierto grupo del arte capsiense del paleolítico evoluciona in situ, encontrándose así que aparecen las estaciones neolíticas y eneolíticas abundantes pinturas y grabados, ante todo en el S. de España (cordilleras del S. de Andalucía llegando hasta la provincia de Cádiz y laguna de la Ganda y Sierra Morena). Allí mismo se encuentra uno de los núcleos más importantes de la cultura central (cuevas de los Murciélagos, de la Mujer, de la Pileta, de Gibraltar; por ahora la civilización de Sierra Morena, aparte de las pinturas es inexplorada) (1) que debemos suponer debido a las mismas gentes del arte rupestre. Este núcleo, originariamente, se comunicaba con los de todo el SE. de España (incluso Almería, en donde hay las pinturas neolíticas de Vélez Blanco) y luego seguía por la costa y a lo largo de la cordillera

(1) Véase para los distintos núcleos de la cultura central y sus características y relaciones, sobre todo a base de la decoración incisa de la cerámica: A. del Castillo, *La cerámica incisa de la cultura de las cuevas de la Península Ibérica y el problema de las especies del vaso campaniforme* (en prensa en el *Anuario de la Universidad de Barcelona*). Para Cataluña también, J. de C. Serra Ráfols, *La colleció L. M. Vidal (Materials de Prehistoria catalana* I) *(Publicacions del Seminari de Prehistoria de la Universitat de Barcelona,* 1920).

ibérica hasta Cataluña, Aragón y las partes de Castilla vecinas de la cordillera ibérica (a donde había llegado ya en el capsiense final o epipaleolítico (Abrigo de la Aceña en Burgos y estación de Aguilar de Anguita en Guadalajara). En la primera parte del neolítico la extensión NW. se habría extendido ya por toda la meseta superior y por Extremadura (pinturas de las Batuecas en Salamanca), desde donde es posible que pasase a las regiones vecinas de Portugal (Tras-os-Montes y Beira y acaso también Alemtejo en su parte montañosa del E.), en donde parece que se hallan los núcleos más antiguos de la civilización portuguesa de los megalitos. Al descender, una vez ya formada la cultura de los megalitos por el valle del Mondego, hasta las cercanías de Figueira y por las sierras de la costa portuguesa hasta las proximidades de Lisboa, se encuentran acaso con los descendientes de los Kioekkenmoeddings del epipaleolítico que representan tan sólo un pueblo análogo al que formó la civilización megalítica, pero que probablemente no sería el mismo que la formó, ya que sus principales núcleos más primitivos se encuentran precisamente fuera del territorio de los antiguos Kioekkenmoeddings. La presencia del arte rupestre, precisamente de tipos que aunque muy estilizados recuerdan algo los más naturalistas en dólmenes de Beira y Alemtejo, así como la frecuencia de los signos pintados en todo el grupo más antiguo de megalitos y la aparición de manifestaciones de arte rupestre en la frontera de la Extremadura española, nos sugieron la idea de que el origen de la cultura portuguesa se debe a la extensión del pueblo derivado del capsiense que hemos postulado desde las vecindades de la cordillera ibérica hacia Portugal por la cuenca del Duero y Extremadura. Tal extensión del pueblo derivado del capsiense, al desprender una de sus partes hacia Portugal, formó la cultura de los megalitos que en seguida adquirió una personalidad muy marcada y distinta de la de la cultura de la parte de dicho pueblo que se quedó en España. En los bordes occidentales de la Meseta española se constituyó un núcleo de cultura netamente central y en íntimo contacto con la de las cuevas andaluzas (cueva del Boquique en Plasencia y cueva de la Solana de la Angostura en la provincia de Segovia). Las relaciones de este núcleo con Portugal parecen haber producido la influencia de la cultura de las cuevas extremeñas que suponen ciertos motivos incisos que por excepción aparecen en la cerámica de los sepulcros megalíticos y estaciones portuguesas del eneolítico inicial

(en particular el del Cabeço dos Moinhos), hecho tanto más notable cuanto que parece que una de las notas típicas de la cerámica portuguesa de la época es la falta de decoración.

Mientras ocurría todo esto, se formaban otros grupos de la cultura central en la parte NE. de los antiguos núcleos capsienses derivados de los que tenían su asiento en la parte S. de la cordillera ibérica y en la cordillera costera hasta Cataluña. Al contrario de lo que sucede en los grupos de Andalucía y Extremadura (en los que la decoración de la cerámica evoluciona en seguida hacia las incisiones), en tales grupos del NE. de España, los ornamentos de la cerámica desarrollan principalmente los relieves. Tales grupos, en primer lugar, son el de las provincias de Soria y Logroño (Cueva Lóbrega, El Sabinar) que acaso sea la base de la extensión de esta cultura hasta Santander; en segundo lugar el que debió existir, aunque lo conocemos muy mal en la parte S. de la cordillera ibérica y en el arranque de la cordillera de la costa (provs. de Valencia y de Castellón), el cual explica la perduración de las decoraciones en relieve en la Cueva dels Melons de Albocacer; un último grupo es el de la cultura de las cuevas de Cataluña y de la cuenca del Ebro: este grupo, en Cataluña (provincia de Lérida) y parte vecina de la de Huesca, se desarrolla con personalidad a parte, extendiéndose hasta el alto Segre y la provincia de Gerona (Olopte y la cueva de Rialp en Ribas) y se comunica por el N. con la cultura de las cuevas del S. de Francia, análoga a la nuestra, y por el W. con un grupo de Navarra (Echauri) todavía mal conocido, pero que debe representar la unión con el grupo castellano de la Cueva Lóbrega y del Sabinar.

Mientras sucedía todo esto debieron llegar las gentes de Almería, que, como se ha dicho, se extendieron por todo el SE. y por la costa valenciana hasta penetrar en el Bajo Aragón, ocupar todo el S. y parte del Centro de Cataluña. Tales extensiones de las gentes de Almería debieron tener lugar a expensas de las de la cultura central. Al entrar en contacto con estos primeros ocupantes, la cultura de Almería recibe ciertas influencias como las decoraciones que esporádicamente se encuentran en la cerámica y que a veces llegan a consistir en motivos tomados del arte rupestre estilizado de la cultura central (soles, ciervos, ídolos, etc.).

f) El pueblo de la cultura pirenaica.

Hemos hablado de la cultura pirinaica del N. de la Península y de su personalidad bien marcada que la hace radicalmente distinta de las demás. A tal personalidad cultural, sobre todo en el país vasco y a sus límites con la cultura central, que reproducen los del paleolítico entre civilización cantábrica y capsiense, se añade también una diferencia antropológica. El profesor Aranzadi ha podido formar con los cráneos de los sepulcros megalíticos vascos la raza que denomina pirenaica occidental, de cráneo más o menos mesocéfalo, de sienes abultadas y agujero occipital inclinado hacia adentro. Cómo se formó tal raza y si es descendiente del pueblo que desarrolló en las mismas regiones cantábricas el magdaleniense, el aziliense y el asturiense, es difícil de comprobar; pero es difícil de comprender una invasión del país vasco y en general de la región cantábrica después del paleolítico, como no fuera por los pueblos del centro de España, cosa que excluye para el país vasco, propiamente dicho, la diversidad de tipo antropológico de la raza pirenaica. Parece verosímil que ésta adquiere sus caracteres definitivos, evolucionando a través de los tiempos post-paleolíticos y que se trata de un pueblo existente en el N. de España desde el paleolítico superior, aunque transformado por la natural evolución y por las posibles infiltraciones de capsienses que se pueden sospechar a través de las de tipos capsienses del aziliense cantábrico de la cultura de las cuevas de Santander, totalmente análogas a las del N. de la Meseta.

Un problema más complicado es el de la cultura pirenaica catalana, que seguramente se superpuso a la cultura de las cuevas, emparentada con la central de la parte N. de Cataluña (1).

¿Cómo debe explicarse la presencia en Cataluña de esta civilización pirenaica? ¿Se trata de una invasión de gentes llegadas del W. del Pirineo o de una cultura que se extiende por propagación sobre pueblos de análoga filiación étnica?

Lo primero no parece muy probable, pues las vertientes meridionales del Pirineo no tienen fáciles comunicaciones para movimientos

(1) P. Bosch. L. Pericot: *Consideracións generals sobre els sepulcres megalitics catalans* y Bosch: *L'estat actual de la sistematisació del neolitic i eneolitic de Catalunya*, en el *Anuari del Institut* citado.

de pueblos de W. a E. o viceversa. Que la cultura pirenaica catalana sea venida de Francia, no parece tampoco probable, pues en Francia faltan los tipos más arcaicos de sepulcros megalíticos (sepulcros de corredor y galerías cubiertas con reminiscencias de aquéllos), además de que por diversas razones la cultura megalítica del S. de Francia parece más bien una prolongación de la pirenaica española que al contrario.

La identidad esencial de los dos grupos conocidos hasta ahora de la cultura pirenaica española y sus diferencias fundamentales respecto a la vecina cultura de las cuevas del Centro de la Península, que en Cataluña resulta sumamente clara, obligan a ver en la extensión de la cultura pirenaica un fenómeno que se apoya en una comunidad de pueblo, pues de lo contrario el límite entre aquellas culturas no estaría tan agudamente marcado.

Ahora bien, los núcleos étnicos pirenaicos semejantes, en Cataluña y en el país vasco, no pueden proceder más que de restos del pueblo que ya antes existió a la vez en Cataluña y en el otro extremo del Pirineo: el que en Cataluña representa la civilización de tipo francés del paleolítico y en el otro extremo del Pirineo el de la franco-cantábrica.

Con el avance del pueblo del capsiense en el epipaleolítico debió tener lugar un repliegue de dicho pueblo representante de la civilización europea del magdaleniense hacia el interior del Pirineo, en los valles occidentales del N. de la provincia de Lérida, pues por el alto Segre también se extendió la cultura de las cuevas y por lo tanto el pueblo derivado del capsiense. Así quedó un núcleo étnico en el Pirineo catalán que se tocaría acaso con el vasco-navarro y que dió la base para la cultura pirenaica del eneolítico (1).

De todos modos el avance de la cultura pirenaica por el NE. de Cataluña y hacia el S. hacia la línea Montsech-Solsona, Manresa-Barcelona, que parece ser su límite meridional, parece deberse a un verdade-

(1) Para explicarse el fenómeno de la formación del pueblo pirenaico podemos acudir a la comparación con el hecho de la formación de los núcleos pirenaicos de la Reconquista, después de la invasión árabe. Entonces también los condados del NW. de la provincia de Lérida (Pallars Ribagorza), estuvieron en íntima comunicación con los demás núcleos vecinos del W. (Sobrarbe), constituyendo tales núcleos lo mismo que los vascos algo que tuvo siempre un carácter especial. Se observa también en la agrupación de los condados catalanes del N. de la prov. de Gerona y en la manera como emprenden la reconquista del territorio catalán, hasta las montañas al S. de Barcelona («Catalunya vella») algo muy parecido a los movimientos de la cultura pirenaica.

ro movimiento de pueblos, pues es indudable aquí la superposición de la cultura pirenaica a la de las cuevas y su avance, desplegándose desde el NW. de Cataluña, siguiendo las vías naturales estratégicas y formando distintas variedades comarcales. Así el grupo megalítico de la alta provincia de Lérida parece extenderse por el alto Segre y bajar a buscar la cuenca del Cardoner (grupo de la comarca de Solsona), y, siguiendo el Segre hacia abajo, infiltrarse ligeramente en la zona al S. del Montsech (cistas de Vilaplana en la Baronia de Rialb y de Vilanova de Meyá en la comarca de la Conca de Meyá). Otra extensión, problablemente del grupo de la comarca de Solsona, Cardoner abajo, llega hasta Manresa. Desde el Alto Urgel parece correrse la cultura en cuestión a lo largo del Pirineo hacia el E., en donde forma los grupos de la provincia de Gerona (Alto Ampurdán, con Espolla, corriéndose hacia el cabo de Creus, grupos de Olot y de las Gavarras, con Romañá). También parece bajado desde el Pirineo el grupo de la comarca de Vich, uno de los más caracterizados de la cultura pirenaica catalana y que parece extenderse por las vertientes occidentales del Montseny (Aiguafreda). El grupo extremo, o sea el de las vertientes orientales del Montseny y del Vallés (con su límite probable en Barcelona: el sepulcro que parece haber existido en el Montjuich de Barcelona) por ahora es difícil filiarlo por falta de hallazgos típicos y lo mismo puede proceder de un corrimiento hacia el S. del de la provincia de Gerona que de los otros dos: del de la comarca de Vich o de la prolongación hasta Manresa del grupo de Solsona.

En todo caso los invasores pirenaicos en las provincias de Gerona y Barcelona y hasta los de la comarca de Solsona no debieron ser en número muy grande y debieron mezclarse muy pronto con la población anterior de las cuevas (pueblo derivado del capsiense). Tal mezcla la acusa ya la presencia de cerámica con algunas decoraciones en relieve dentro de los grupos de hallazgos pirenaicos típicos (ciertos sepulcros megalíticos de Espolla, particularmente la galería cubierta del Barranco y la cueva de «Can Sant Vicens» de S. Julian de Ramis), además de la gran mezcla que se observa en los cráneos de los megalitos de la comarca de Solsona (con numerosos braquicéfalos). A esta mezcla, en la cual el elemento pirenaico debió constituir una clase superior dominante poco numerosa, se debe que al estabilizarse las cosas en los períodos siguientes abunden las supervivencias de la cultura de las cuevas que parece ser la que en definitiva triunfa, de-

biéndose suponer que también su pueblo prestó la mayor aportación a la etnología de Cataluña.

g) Resultados.

Resumiendo nuestras conclusiones, podemos establecer lo siguiente:

La distinción fundamental entre pueblo cantábrico y pueblo capsiense del paleolítico continúa en el neolítico.

Aparte de las posibles infiltraciones capsienses del epipaleolítico en la zona cantábrica y de la penetración en Francia de los elementos capsienses que, dejando aislados a uno y otro lado los pueblos del aziliense, desarrollaron el tardenoisiense, los pueblos de la Península parecen no haberse movido hasta fin del neolítico.

A fines del neolítico aparecen en el territorio capsiense tres culturas, de las cuales la occidental y la central (de las cuevas) parecen desarrolladas por los pueblos capsienses. En todo caso la cultura de las cuevas llega hasta el Pirineo por la parte de Cataluña, pasando a Francia.

A fines del neolítico, también, llega de Africa el pueblo que desarrolla la cultura de Almería.

Este estado de cosas continúa durante el eneolítico inicial, avanzando entonces el pueblo de Almería por el litoral andaluz hasta Málaga (cueva del Tesoro, en Torremolinos) y por la costa E. de la Península hasta Cataluña (sepulcros que llegan a la línea Solsona-Vich-Vilasar).

En el pleno eneolítico las tres culturas llegan a su mayor florecimiento, transformándose la central en su mitad (Andalucía, Castilla la Nueva) en la cultura del vaso campaniforme. Entonces la cultura occidental avanza, ocupando Extremadura con las provincias de Salamanca y de Huelva. Una influencia mutua lleva a Portugal el vaso campaniforme desde Andalucía, mientras de Portugal va la arquitectura megalítica a Andalucía. La cultura del vaso campaniforme borra las diferencias entre mitad S. y mitad N. de la civilización central, excepto una región con el centro en los macizos centrales de la provincia de Lérida, en donde continúa durante el pleno eneolítico la cultura anterior con cerámica de relieves. Estos movimientos de las culturas en cuestión, representan seguramente movimientos de los pueblos respectivos.

En el pleno eneolítico se forma en el Occidente del Pirineo la cultura pirenaica, desarrollada seguramente por un pueblo descendiente del que desde el paleolítico superior se hallaba en dicha región. Tal cultura avanza por el Pirineo hasta Cataluña, en donde se superpone, en su parte más oriental y en la provincia de Barcelona, a la anterior cultura de las cuevas. Tal propagación hasta Cataluña parece apoyarse en elementos étnicos afines de los del W. del Pirineo, continuación tal vez de los que en el paleolítico superior representaban en la zona N. de Cataluña una cultura análoga a la cantábrica.

B) El problema de la relación de las culturas y pueblos peninsulares con los demás de Europa.

Aunque esté fuera del marco del presente trabajo, debemos decir algo de las relaciones de los pueblos y culturas peninsulares con otros países.

Ante todo con Francia.

a) Francia.

También en Francia es difícil seguir el desarrollo de las civilizaciones que allí florecieron hasta el fin del neolítico. Sin embargo, también a Francia es aplicable el mismo método que hemos empleado para la Península ibérica y se obtienen con él resultados interesantes, que, en parte, sólo pueden obtenerse tomando como punto inicial la Península ibérica. Reservando para otra ocasión fomentar estos resultados más ampliamente, resumiremos las conclusiones a que hemos llegado después de un estudio del material francés. (1)

En los comienzos del neolítico es difícil seguir las huellas de los invasores tardenoisienses o de la tradicional civilización aziliense del epipaleolítico. Después de los trabajos del prehistoriador sueco Nils Åberg, Profesor de la Universidad de Upsala (2), que ha localizado los hallazgos de estaciones y material lítico del campiñiense, o sea

---

(1) En la imposibilidad de fundamentar aquí debidamente nuestro concepto de la evolución y parentescos del neolítico y eneolítico de Francia, así como los problemas que suscita la comparación del material español con el extranjero, nos limitamos a consignar nuestras conclusiones, reservando para otra ocasión tratar con detención de tales cosas con el correspondiente aparato bibliográfico.

(2) N. Åberg *Studier öfver den yngre stenaldern i norden och västeuropa* (Norrköping, Lithografiska aktiebolaget, 1912).

del principio del neolítico, resulta que esta civilización ocupa el N. y Centro de Francia en general al otro lado del macizo central. El campiñiense representa una civilización idéntica a la de los Kioekkenmoeddings nordicos, con los cuales se comunica a través de hallazgos de Bélgica, Holanda y el N. de Alemania. En las islas Británicas aparece también la misma cultura. El origen del campiñiense es todavía oscuro y mientras algunos investigadores franceses (Capitán, por ejemplo), han querido derivarlo de las civilizaciones del paleolítico, Åberg y con él Kossinna (1), lo consideran como una extensión de la civilización nordica, debida a un movimiento de pueblos llegados desde los hogares de dicha cultura en las regiones del Báltico y del mar del Norte. Lo cierto es que el campiñiense difícilmente podría ponerse en relación con los invasores capsienses que en el epipaleolítico introdujeron en Francia el tardenoisiense y que éstos, o fueron absorbidos por el pueblo del campiñiense, o se retiraron a otra parte, pareciéndonos verosímil lo primero, por lo cual la población francesa de las épocas posteriores acusa una gran mezcla de razas (tipos dolicocéfalos de Baumes Chaudes y de Genay, braquicéfalo de Grenelle, otros mesocéfalos, caracteres esporádicos negroidas).

La civilización campiñiense evoluciona al principio paralelamente a la nórdica, pero tan sólo hasta un cierto momento (que nosotros con la terminología usada para la Península llamaríamos el final del neolítico). Entonces la civilización francesa corta su relación con la nórdica y en parte decaen los tipos de hachas de silex que fueron su leit-motiv, en parte y con influencias distintas se encamina por nuevos derroteros. Nosotros creemos que la continuación de tal cultura campiñiense es la que en el final del neolítico florece en recintos fortificados, talleres y poblados de la misma región del campiñiense y que hereda el tipo de las hachas de silex. En el eneolítico se transforma en la civilización que en la región del Marne aparece en las conocidas cuevas artificiales y en la del Sena y del Oise en distintas estaciones, pero sobre todo en las galerías cubiertas.

Un grupo en cierto modo relacionado con la civilización del Sena-Oise-Marne, pero por otra parte independiente, es la cultura megalítica de Bretaña, en íntimo contacto con la de las Islas Británicas.

---

(1) G. Kossinna: *Die Indogermanen* I, (Leipzig, Kabitzsch, 1921, *Mannusbibliothek*, no. 26), pág. 29 y sigs.

Nosotros difícilmente creemos que esta civilización sea más antigua del pleno eneolítico.

Un territorio a parte y con una civilización que poco o nada tiene que ver con las citadas, relacionándose más bien con la Península ibérica, es el S. de Francia, o sea la región pirenaica, y la Provenza. Es difícil seguir aquí la evolución de la cultura en los principios del neolítico y las hachas de piedra de tipo semejante a las de la Península del neolítico avanzado (de cabeza puntiaguda, poco pulimentadas y hechas de materiales corrientes) que Åberg cree típicas de esta región y que contrapone a las de silex del Norte de Francia, pueden pertenecer muy bien al fin del neolítico.

En el S. de Francia la primera cultura comprobable es, al fin del neolítico, una civilización que aparece en cuevas y que presenta los mismos caracteres que la central española (mitad N. de la Península, con cerámica con relieves.

Lo mismo que en Cataluña, aquí se superpone a tal cultura la de los sepulcros megalíticos, que en su principio no parece ser más que la simple extensión de la cultura pirenaica española, aunque luego evoluciona con cierta autonomía.

Esta superposición de la cultura de los sepulcros megalíticos sobre la anterior de las cuevas representa algo semejante al fenómeno parecido que se observa en el E. de Cataluña y que hemos interpretado como una invasión del pueblo pirenaico.

Que los sepulcros megalíticos del S. de Francia representan un nuevo pueblo lo reconoció ya Pruniéres. La relación de los megalíticos de ambas vertientes del Pirineo, aunque suponiendo a los de España como introducidos desde Francia, la ha reconocido últimamente E. Thurlow Leeds (1). Pero con el material español a la vista puede sostenerse el camino contrario, ya que los tipos de los sepulcros franceses (galerías cubiertas y cistas), así como los principales objetos de silex (ciertas puntas de flecha sobre todo) tienen todos sus prototipos en la cultura pirenaica española, en donde se puede explicar su aparición, cosa que no ocurre en Francia.

La cultura megalítica del S. de Francia, eneolítica como su equivalente española, transmite a la civilización del Sena-Oise-Marne el

(1) E. Thurlow Leeds; *The dolmens and megalithic tombs in Spain and Portugal;* (Archaeologia LXX; 1920).

tipo de la galería cubierta, que luego se propaga hasta la Bretaña. Los demás tipos megalíticos de la Bretaña, en cambio, parecen deber explicarse en relación con los de las Islas Británicas y no creemos que deban su origen a la Península, sino que constituyen un problema a parte lo mismo que los del círculo de cultura del N. de Europa. Seguramente hay que renunciar a explicarse el origen de los megalitos desde un solo punto.

Otro hecho interesante es el de que, con la entrada del pueblo pirenaico en el S. de Francia, se propague el vaso campaniforme; probablemente pasa por la cuenca de los afluentes del Ródano hacia buscar el Rhin por la puerta de Belfort, bordeando sin penetrar en ella la civilización de los palafitos suizos, que también se corrió por los Alpes de Saboya hasta Francia (lagos de Bourget y d'Annecy).

La presencia del vaso campaniforme en Bretaña, sin pasar por el círculo de cultura del Sena-Oise-Marne, parece poder explicarse, junto con otros fenómenos por una relación de ambas culturas a través de la costa occidental de Francia, aunque es también sumamente verosímil que existan además contactos (por mar) entre la Bretaña y la cultura portuguesa, a los que parece deberse en la Península el ámbar nordico y en la Bretaña ciertas decoraciones de los vasos campaniformes, inexplicables por la sola influencia pirenaica.

En relación con los pueblos de la Península, querríamos interpretar estos fenómenos, suponiendo que de la invasión de gentes del capsiense del epipaleolítico quedaron en el S. de Francia elementos semejantes a los españoles de la cultura central, que en contacto con los de la Península (recuérdese la cultura catalana de las cuevas que en un principio llegaba al Pirineo) desarrollaron la civilización de las cuevas francesas. El pueblo que la representó viene a ser el lazo de unión con los elementos que en el territorio de la civilización del Sena-Oise-Marne representan la supervivencia de elementos étnicos del tardenoisienses. En particular los braquicéfalos del tipo de Grenelle, que ya se han comparado frecuentemente a los de España (por ejemplo, Hervé), creemos que son típicos de estas relaciones. También han sido comparados con frecuencia los dolicocéfalos franceses del tipo de Baumes-Chandes con los de la Península, y Mendes Correa insiste en esta comparación en cierto modo (1).

(1) G. Hervé, *Populations mésolitiques et néolitiques de l'Espagne et du Portugal;* Mendes Corrêa, *Homo.*

La llegada de los pirenaicos pudo introducir el tipo pirenaico español; pero esto es todavía algo a estudiar. En todo caso, el precedente de la cultura pirenaica catalana autorizada para creer que con los pirenaicos llegó una nueva mezcla, pero siempre de elementos antropológicos semejantes a los anteriores. Tales movimientos autorizan para hablar de nuevos pueblos en el sentido social y cultural de la palabra, pero difícilmente de razas, ya que se trata de nuevas combinaciones de unos mismos elementos antropológicos. De aquí la complicación de la antropología de Francia durante el neolítico y eneolítico, en la que fácilmente se distinguen «tipos», pero éstos son difíciles de localizar en determinadas regiones.

b) La cultura del vaso campaniforme del Rhin y la cultura palafítica.

La repercusión lejana de los fenómenos de la Península y la contribución que cabe esperar de un mejor conocimiento de la prehistoria española para solucionar problemas de orden general, se hallan en la periferia de las civilizaciones francesas del neolítico y eneolítico, en las culturas de los vasos campaniformes del Rhin y de los palafitos.

La primera introduce un tipo de evidente origen español en el Rhin y con él entra allí un tipo antropológico nuevo, braquicéfalo, que se extiende por el Rhin hasta Holanda, pasando desde Holanda a las islas Británicas (el pueblo de los «round barrows) de principio de la edad del bronce.

La cultura de los palafitos del alto Rhin y regiones vecinas del S. de Alemania tiene un tipo antropológico también braquicéfalo, pero distinto del del pueblo del vaso campaniforme, estando en él la braquicefalia algo atenuada y siendo su sección horizontal y en general su morfología algo distinta. Otra cultura palafítica es la de Suiza que actualmente parece distinguirse mucho, a pesar de ciertas notas comunes, de la de los palafitos alemanes. Esta cultura de Suiza, tiene también cierta relación con la cultura de las cuevas del S. de Francia: la cerámica con decoraciones en relieve (1).

---

(1) Véase acerca de la cultura palafítica Suiza: Th. Ischer, *Die Chronologie des Neolithikums der Pfahlbauten der Schweiz (Anzeiger für schweizerischen Altertumskunde,* 1919, p. 129-154) y además Viollier: *Chronologie néolithique des palafittes suisses (Archives suisses d'Anthropologie génerale,* IV, n. 1, 1920, p. 141 y sigs.)

Acerca de los paralelos en la decoración con la cultura francesa de las cuevas del S. y remotamente con la española véase del trabajo citado de Viollier las siguientes

Ya el Profesor Aranzadi ha encontrado cierta analogía entre los cráneos pirenaicos y los palafíticos.

Creemos poder explicar tales fenómenos aplicando la experiencia obtenida hasta ahora.

La cultura palafítica florece en un territorio en donde hemos observado en el epipaleolítico un aislamiento de la civilización aziliense semejante al de la región cantábrica. En tal aziliense aislado aparece ya una raza fuertemente mezclada con braquicéfalos, así como en la industria se hallan también los microlitos de origen capsiense (Ofnet). Se trata probablemente de un pueblo que habiendo recibido elementos antropológicos y de cultura emparentados con los del S. de Francia y de la España capsiense, pero no habiendo conseguido éstos anular el elemento indígena que debió en un principio ser el más fuerte, la cultura evolucionó de una manera distinta a la de los pueblos que conservaron mejor el elemento capsiense y el aislamiento respecto a éstos contribuyó a ello. Sólo en la cultura palafítica suiza, más cerca y más en contacto con los pueblos del S. de Francia, en la cerámica se observan más elementos comunes. En cuanto a la raza, el aislamiento en un ambiente físico semejante al de la región cantábrica de elementos étnicos en cierto modo parecidos (azilienses indígenas y posibles infiltraciones capsienses) produjeron resultantes paralelas hasta determinado punto.

El caso del pueblo que introdujo en el Rhin el vaso campaniforme es todavía oscuro. Ha sido siempre tenido por un pueblo distinto del de los palafitos y en realidad tanto la cultura como los cráneos lo confirman. En la cultura es fundamental que los palafíticos no tienen el vaso campaniforme. En la antropología Schliz ha encontrado en el cráneo de la civilización del vaso campaniforme la sección piriforme a diferencia de la sección ovalada de los cráneos palafíticos. Además parece seguro que se trata de un pueblo nuevo que invadió el Rhin a fines del eneolítico. Pero los precedentes de tal pueblo o de su cultura en otra parte hasta la fecha no se conocen.

Se ha querido presentar al pueblo que nos ocupa como procedente directamente de la Península ibérica, fundándose en el vaso campa-

---

figuras: lám. del I período en la pág. 143(=al neolítico final español?), n. 26, 27, 32-34 Burgäschi; lám. del II período en la (pág. 144), (=al eneolítico inicial español?), números 10-25 procedente de Egolwil. Tal cerámica decorada continúa también en los períodos siguientes aunque en menor abundancia y menos típica.

niforme (1). Hoy esto es imposible. Ni su tipo antropológico se encuentra en España ni es posible que interponiéndose entre España y el Rhin la cultura pirenaica y su extensión por el S. de Francia, si el pueblo del vaso campaniforme procediese de España o incluso del S. de Francia, no hubiese llevado consigo de las culturas de origen nada más que los vasos en cuestión. Incluso nosotros creemos que no puede aceptarse sin discusión el origen de los vasos campaniformes del centro de Europa en España, tanto en cuanto a la forma como en cuanto a sus ornamentos, pues los vasos campaniformes de los países de tránsito carecen de la rica decoración de los vasos del centro de Europa, siendo verosímil que éstos, además de recibir la forma y determinados elementos de su adorno de los del S. Francia y a través de éstos de la cultura pirenaica, heredaron también ornamentos preexistentes en las especies de cerámica del país (cerámica de bandas, por ejemplo).

La única hipótesis que creemos legítima y que nos atrevemos a formular es la de que el pueblo que introdujo el vaso campaniforme en el Rhin debió ocupar antes la región al W. de la puerta de Belfort, en donde fácilmente pudo tomar dicho vaso de la cultura megalítica del S. de Francia. Así se concibe que, tratándose de un pueblo autónomo y aislado en un lugar aparte de las grandes culturas vecinas, concretase un tipo antropológico con morfología propia. Es posible también que el movimiento de expansión del pueblo de los megalitos del S. de Francia, al empujar hacia el N., diese el impulso al del vaso campaniforme para emprender su movimiento y pasar la puerta de Belfort.

Así resulta que, por una parte, gracias al movimiento del pueblo capsiense en el epipaleolítico, que introdujo hasta el centro de Europa elementos étnicos emparentados con los de la Península ibérica, y por otra gracias a los movimientos de pueblos y de culturas del eneolítico, que hicieron compenetrarse los distintos grupos de las civilizaciones del W. de Europa, se llega, a pesar de la multiplicidad local y de la complicación de los fenómenos estudiados, a comprender que todo el Occidente es algo íntimamente emparentado y de gran significación para la prehistoria general. Así la tesis de Schu-

(1) Por ejemplo Åberg, *La civilisation énéolitique dans la peninsule ibérique*, Upsala (1921), del que es un avance la conferencia extractada en Mannus, (1921).

chhardt de la irradiación de la civilización del W. de Europa y de su trascendencia a otros países, aunque notablemente transformada y complicada, adquiere nuevo significado.

c) El Occidente del Mediterráneo.

Otro importante problema es el de la relación de los pueblos y culturas de la Península con los del Mediterráneo y particularmente con los de su parte más próxima, que debemos plantear.

También parece que de la unidad de cultura del capsiense en toda la periferia del Mediterráneo occidental derivan importantes consecuencias.

Es lo cierto que, mientras la civilización de las islas (Cerdeña, Malta, Sicilia) del neolítico y eneolítico acusa desarrollos locales difíciles de relacionar, la civilización de Italia en lo que tiene de más autóctono es sumamente paralela de determinados fenómenos de la Península ibérica.

En Italia antes del eneolítico existe una civilización que se manifiesta en fondos de cabaña y en cuevas, del todo análoga a la de las cuevas del S. de Francia o a la de las cuevas del centro de la Península, con la misma cerámica con decoraciones en relieve. A ella se superponen en el eneolítico distintas culturas de orígenes varios: sobre todo en el S., la cultura con cerámica pintada con espirales de origen danubiano (Molferta) y en el N. y centro la de Remedello, en la cual existe el vaso campaniforme, junto con abundantes y perfectos tipos de silex desconocidos en la cultura anterior, además de formas de vasos que a veces se han comparado a algunas de la cultura de Almería de España (la llamada *botiglia*).

Estamos inclinados a creer que el pueblo de la civilización de las cuevas y fondos de cabaña, con cerámica emparentada con la de las cuevas del S. de Francia y de la cultura central de España, es también descendiente del capsiense.

La nueva corriente de cultura que llevó a Italia y a Cerdeña y Sicilia el vaso campaniforme y posiblemente otros elementos de cultura emparentados con la civilización de Almería, es posible que responda al mismo movimiento de pueblos que desde el N. de Africa mandó a la Península ibérica el pueblo de Almería. Antropológicamente, el tipo llamado mediterráneo de muchos cráneos eneolíticos de Italia, no hace más que confirmar lo supuesto. Pero incluso la complicación

de tipos raciales de las islas, en las que hay abundantes resabios de una población braquicéfala, que también dejó su rastro en el N. de Africa, se explica con la analogía de los pueblos descendientes del capsiense de la Península ibérica.

En el Mediterráneo occidental, la cultura capsiense produciría a la larga en Italia la cultura de los fondos de cabaña y de las cuevas paralela de sus correspondientes del S. de Francia y de España. En las islas, evoluciones locales del mismo pueblo capsiense (al que corresponde la presencia de un cierto elemento braquicéfalo) o la entrada de nuevos elementos procedentes del N. de Africa (1) conducirían a las civilizaciones de fin del neolítico y del eneolítico.

En el pleno eneolítico, mientras por el S. de Italia se propagaba la cultura de Molfetta, de origen danubiano, otra civilización, emparentada directa o indirectamente con la española de Almería, se introdujo en algunas islas (cultura de Anghelu Ruju en Cerdeña y de Villafrati en Sicilia) y en el continente (hasta cierto punto Remedello). Si se trata sólo de influencia cultural o de un movimiento de pueblos desde el N. de Africa, es difícil decirlo, pero en todo, o en parte, es muy verosímil.

PEDRO BOSCH GIMPERA.
Profesor de la Universidad de Barcelona.
Director de las «Investigacions Arqueológiques de l'Institut»

(Concluirá).

(1) Véase lo dicho en la nota 5 de la pág. 27.